

El reencuentro marcado

“Todo pasa y todo queda/pero lo nuestro es pasar/pasar haciendo caminos/caminos sobre el mar.

Nunca perseguí la gloria/ni dejar en la memoria/de los hombres mi canción/Yo amo los mundos sutiles/ingrávidos y gentiles/como pompas de jabón. / Me gusta verlos pintarse/de sol y grana, volar/ bajo el cielo azul, temblar/ súbitamente y quebrarse./ Nunca perseguí la gloria/ Caminante, son tus huellas/ el camino y nada más;/ Caminante, no hay camino/se hace camino al andar.”

Antonio Machado

“*Encuentro marcado*” es el nombre de un libro que ha marcado época en la literatura brasileña, desde su lanzamiento en 1956. En él, cuatro jóvenes (Eduardo Marciano, el protagonista) salían de su ciudad natal, Belo Horizonte, Minas Gerais, en el corazón de Brasil, para probar “suerte” en Río de Janeiro, capital del país y centro de toda efervescencia cultural. En una búsqueda permanente de respuestas para cuestiones cruciales de la existencia. A la salida de Belo Horizonte, marcaban un encuentro para 15 años después a fin de compartir su experiencia de búsquedas, exilio, pérdidas y travesía. Los personajes estaban calcados en las figuras de Fernando Sabino (Eduardo Marciano), Paulo Mendes Campos, Otto Lara Resende y Hélio Pellegrino. Todos ligados a las letras, y Hélio también al psicoanálisis.

La promesa del encuentro años después no se cumple. No sucede el encuentro marcado, o mejor, como acostumbramos decir nosotros, psicoanalistas, se ha tratado del encuentro fallido. Base de la repetición y de la posibilidad de la sorpresa: esperando una cosa, se encontraron con otra.

Primer comentario: el resumen arriba se ha hecho con las memorias de la lectura primera, muchos años atrás. Al releer la obra (*El encuentro marcado*) nos hemos dado cuenta de que la memoria construyó un cuarto personaje que no existía en la historia/novela original. El lector ha funcionado como este uno más que se insertó en el guión, encubriendo personajes, añadiendo otros que no existían. Tal vez forma de integrarse, hacer unidad con la novela. Buscando una cosa, se encuentran otras.

Segunda observación: las cuestiones lanzadas en el bello argumento de esta jornada son parte de la historia del psicoanálisis y del mismo pensamiento por lo menos desde el siglo 17, cuando Descartes definió al sujeto moderno. “¿Qué tenemos en común, por encima y a pesar de nuestras diferencias? Y, por consecuencia, ¿cuáles son los acuerdos posibles? ¿Y cuál la convivencia?...” Interrogantes que se insertan en el malestar de la cultura.

Los psicoanalistas han aprendido con Freud y Lacan y también con la experiencia de su propio análisis que es un semblante lo que posibilita un encuentro, parcial desde siempre por la imposibilidad de la relación sexual. También sabemos, o buscamos construir un saber sobre este objeto que sostiene nuestro deseo y sobre cuyos efectos no tendremos jamás control. Nos salva el equívoco, nuestra arma contra el síntoma, contra nuestra resistencia que insiste en no querer saber nada sobre la causa. Apuesta en nuestra posibilidad de dislocar la fijeza del síntoma, deshacer la certeza fundamentalista y posibilitar un otro enlace.

Tal vez tengamos que acostumbrarnos al encuentro-desencuentro. De cualquier forma, persiste la cuestión: ¿en qué podemos confiar? Reconocer en el engaño y en el equívoco permanente nuestra capacidad y disposición de lidiar, a cada vez, con las sorpresas que se producen. Aceptar lo errático, el error, más específicamente el equívoco inevitable a que estamos sometidos por los límites de la razón.

Convergencia ha sido la ficción que constituimos como movimiento. Sin embargo, si respetamos lo real que ex-siste a todo evento, vamos a ampliar una posibilidad. Insistir en los proyectos, en las proposiciones: interrogando los fundamentos a cada vez y reconociendo las iniciativas. Importante también insistir en la gratuidad del deseo que impulsa el encuentro; pues que si no hay este “porque sí”, no habrá deseo, ni posibilidad de soñar. Aun reconociendo que cada ficción es una, que se revela diferente a cada des-encuentro.

Aquí la función del deseo, más particularmente, del analista. Después de más de 15 años de encuentros y trabajos, quizá estamos más conformes de esta máxima: la frustración y la sorpresa son parte de una caminata conjunta.

La buena sorpresa comparece en la persistencia. Insistimos. Reconocemos algunas superaciones – de la desconfianza generalizada, por ejemplo, y lidiamos con su repetición. Tal vez advertidos de que la repetición es parte de la estructura: el que habla, repite.

¿Qué esperar de nuestros encuentros e invenciones? Esperar lo mejor, parafraseando Lacan. Pese a que tengamos que reconocer que no hay un saber que va a unificar nuestro movimiento, al contrario, nuestra posibilidad se encuentra, justamente, en el reconocimiento de que en la mayor parte del tiempo no queremos saber nada de eso que escuchamos.

Coda

Retornamos al libro citado al principio. El encuentro marcado no sucedió. Pero en este retorno, el personaje puede, inesperadamente, reencontrarse con su ciudad, su pasado, y en este encuentro reescribir su historia. Y aquí reproducimos la epígrafe del libro, extraída de una carta de Hélio Pellegrino, psicoanalista importante para los brasileños.

“El hombre, cuando joven, es solo, a pesar de sus múltiples experiencias. Él pretende, en esta época, conformar la realidad con sus manos, sirviéndose de ella, pues cree que, ganando el mundo, conseguirá ganarse a sí mismo. Sucede, sin embargo, que nacemos para el encuentro con el otro, y no para su dominio. Encontrarlo es perderlo, es contemplarlo en su libérrima existencia, es respetarlo y amarlo en su total y gratuita inutilidad. El comienzo de la sabiduría consiste en percibir que tenemos y tendremos la manos vacías, en la medida en que hayamos ganado o pretendamos ganar el mundo. En este momento, la soledad nos atraviesa como un dardo. Es mediodía en nuestra vida, y la faz del otro nos contempla como un enigma. Feliz de aquél que, al mediodía, se percibe en plenas tinieblas, pobre y desnudo. Es éste el precio del encuentro, del posible encuentro con el otro. La construcción de tal posibilidad pasa a ser, desde entonces, el trabajo del hombre que merece su nombre.” (De una carta de Hélio Pellegrino.)

Robson de Freitas Pereira

Notas

- 1) Hay una edición en español: *Encuentro Marcado*. Editora Luis de Caralt, 1964.
- 2) *Caminante no hay camino* (poema completo), de Antonio Machado.

Extracto de Proverbios y cantares (XXIX), de Campos de Castilla, 1912

*Todo pasa y todo queda/pero lo nuestro es pasar/
 pasar haciendo caminos/caminos sobre el mar.
 Nunca perseguí la gloria/ni dejar en la memoria/de los hombres mi canción/
 Yo amo los mundos sutiles/ingrávidos y gentiles/como pompas de jabón.
 Me gusta verlos pintarse/de sol y grana, volar/
 bajo el cielo azul,temblar/súbitamente y quebrarse.
 Nunca perseguí la gloria
 Caminante, son tus huellas/el camino y nada más;/
 Caminante, no hay camino/se hace camino al andar.
 Al andar se hace camino/Y al volver la vista atrás/
 Se ve la senda que nunca/ se ha de volver a pisar/
 Caminante no hay camino/sino estelas en la mar.
 Hace algún tempo en ese lugar/donde hoy los bosques se visten de espinos/
 Se oyó la voz de un poeta gritar/
 “Caminante no hay camino/ se hace camino al andar...”
 Golpe a golpe, verso a verso
 Murió el poeta lejos del hogar.
 Le cubre el polvo de un país vecino./ Al alejarse le vieron llorar.
 “Caminante no hay camino/ se hace camino al andar...”
 Golpe a golpe, verso a verso...
 Cuando el jilguero no puede cantar. /Cuando el poeta es un peregrino/cuando de nada nos
 sirve rezar.
 Caminante no hay camino/ se hace camino al andar.
 Golpe a golpe/verso a verso.”*